

**LOS
PADRES Y EL
NIÑO
DISLEXICO**

Dr. LAUNAY



Antes de abordar este tema, conviene distinguir lo que se entiende exactamente por dislexia. Existen muchas confusiones en esta materia. Algunos niños tienen, por una razón u otra, dificultad para aprender a leer, bien porque no han podido ir al colegio en el momento oportuno, o bien porque han estado enfermos. Pero, una vez comenzada la enseñanza de la lectura, aprenden normalmente, aunque con retraso. Esto no es lo que se llama "dislexia".

¿Qué entendemos por dislexia?



Este término se refiere a unas dificultades muy particulares que surgen constantemente. Los niños disléxicos son los que, aunque van a clase regularmente y poseen una inteligencia normal, no consiguen leer en los plazos habituales. Tienen dificultad para discriminar unas letras de otras. Estas confusiones se repiten constantemente, en particular entre las letras sordas y las sonoras: la "T" y la "D", y la "K" y la "G"; y entre las letras que se oponen visualmente (en el espejo): la "d" y la "b", la "q" y la "p".

Estos niños, cuando escriben, tienen una gran dificultad para "orientarse" en la sucesión de las letras. Las colocan antes o después, en una especie de caos del que no consiguen sacarlos los métodos habituales.

Todo esto sorprende porque, siendo niños inteligentes, deberían tener éxito, ya que suelen poner en el aprendizaje muy buena voluntad. Veremos luego a qué es debido esto, cómo se puede tratar de evitarlo. Pero antes es necesario comprender lo que es el aprendizaje de la lectura.

Los niños asimilan la lectura naturalmente. Al mismo tiempo que aprenden las letras y descubren un sentido en los símbolos gráficos, manifiestan también un gran interés en leer. La lectura es, al principio, difícil; después, poco a poco, leen solos para divertirse; y, finalmente, sin darse cuenta de ello, comprenden que la lectura agrupa en palabras lo que el lenguaje expresa en un flujo continuo. La lectura muestra las palabras separadas unas de otras y hace comprender, progresivamente, la gramática y la ortografía. Es así como, sin darse cuenta, el niño hace, al leer, progresos continuos.

La lectura necesita una buena iniciación.

La lectura no es como el cálculo: una sucesión de dificultades diferentes unas de otras. Es una disciplina en la que el comienzo es el hecho esencial. Y es precisamente este principio—a los 5 ó 6 años—el que ha fallado en los niños disléxicos. Frustrado este comienzo, se arrastran, efectivamente, graves consecuencias.

Hasta los siete u ocho años se lee por leer y se aprende a escribir. Pero muy pronto no hay nada que pueda aprenderse sin la lectura. A los 9 ó 10 años el alumno que no sabe leer bien, es decir, lo bastante a prisa como para que no constituya un esfuerzo, tendrá una gran desventaja. Además, si el chico no lee con facilidad, no se divertirá con la lectura. Leer será siempre, para él, un trabajo sin interés, por presentar demasiadas dificultades. Y ya tenemos un niño que, por razones múltiples, no progresa, cuando, al menos al principio, parecía poner en la lectura muy buena voluntad.

Naturalmente, el niño sufre al afanarse sin resultado. Los chicos tienen necesidad de éxito y éste está ligado a esa famosa cuestión de la lectura, en la que ha

fracasado. En clase se sentirá al margen de la vida escolar; y no es buena cosa el pertenecer al grupo de niños inadaptados. Los pequeños disléxicos están allí, mezclados con los niños atrasados y con los niños difíciles. Esto puede llegar bastante lejos y conducir a resultados muy desagradables.

Conozco algunos adolescentes de 15 a 16 años que están al margen de la vida real, que no pueden ingresar en las escuelas porque no han asimilado la lectura desde un principio. La mayoría se dedica a actividades para-delincentes pasando su vida en el cine o en alguna actividad nefasta. Si evoco este caso es, sobre todo, para demostrar la importancia del problema y sus repercusiones tardías eventuales. Por este motivo, me he preguntado cómo se puede evitar esto y cómo atacar cuando el mal ya está hecho.

Los factores del éxito.

La lectura es, pues, una iniciación, una salida que se hace entre los 5 y 6 años y medio. Es una base importantísima la lectura que se aprende en la escuela de párvulos.

Esquematicemos las cosas: para que un niño pueda leer, es necesario que se reúnan varios factores:

a) *En primer lugar, una inteligencia suficiente.*—Es verdad que un niño deficiente intelectual puede encontrarse ante las letras como ante una tarea bastante simple; pero tendrá dificultad en adquirir la comprensión necesaria para leer, tardará en unir las letras. Pero, ¿se trata, en este caso, de un disléxico? No. Estará atrasado en la lectura, pero eso no es suficiente para crear ese extraño "embrollo" que he llamado *dislexia*. Esto no quiere decir que los deficientes intelectuales no suministren un buen contingente de disléxicos. Pero si el aprendizaje está bien planeado, apenas hay que temer que el deficiente intelectual llegue a ser disléxico.

El niño debe estar dotado también de ciertas características menos evidentes: tener un

lenguaje en suficiente evolución y una buena localización espacial y rítmica.

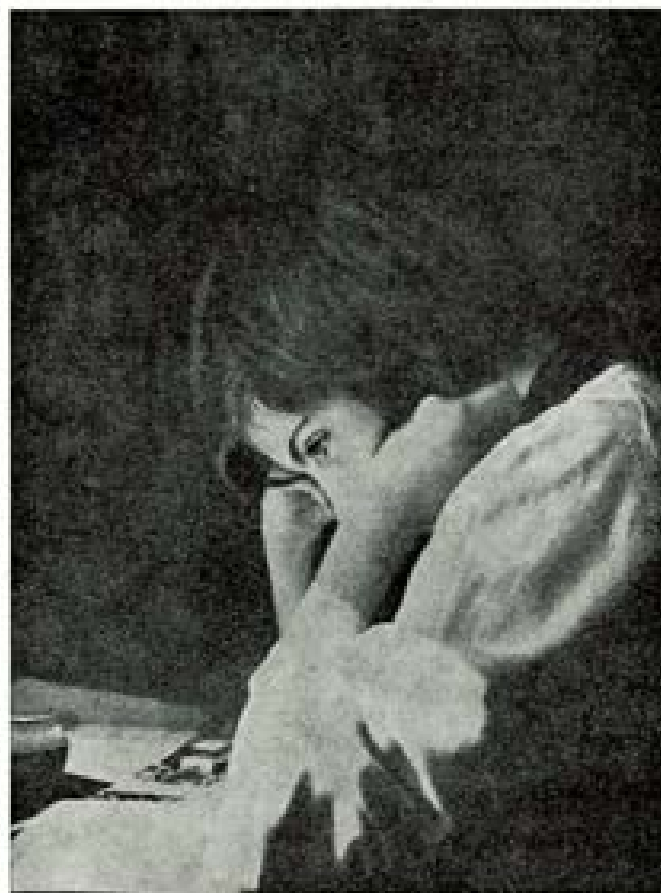
b) *Un lenguaje en suficiente evolución.*—Hago alusión aquí no a un retraso en el lenguaje, debido a dificultades de audición o deficiencia de inteligencia, sino a esos hechos tan frecuentes que se llaman "retrasos de elocución": al niño que habla tarde, aunque sea normal, y del que todo el mundo piensa que entiende todo, pero no habla bien. El 30% de retrasos en el lenguaje son de este orden. Algunos son importantes. No son raros los que hasta los cuatro años son incapaces de pronunciar frases de dos palabras.

Algunas veces, detrás de este retraso de elocución, hay alguna cosa más: una comprensión imperfecta de las palabras, una discriminación deficiente de los sonidos. Se comprende que el niño en estas condiciones, al enfrentarse a los seis años con la lectura, pueda sufrir cierto "handicap". Esto casi siempre es des-

conocido por los padres, que, sorprendidos por sus progresos de lenguaje en los años anteriores, piensan que sus hijos pertenecen al grupo normal.

¿Puede enseñarse a leer a un niño que habla todavía mal? Sí; pero el niño no comprenderá lo que lee. Y si no se emplea con estos chicos "frágiles" un método más seguro, se corre el riesgo de "fomentar" disléxicos. Es sorprendente ver que, en el pasado de los niños disléxicos, son numerosos los que han tenido un lenguaje tardío.

c) *Una correcta localización espacial.*—La localización espacial es la distinción entre lo alto y lo bajo, la derecha y la izquierda. Nos imaginamos—puesto que, en este aspecto, todo nos ha resultado fácil y nuestro pasado se nos olvida pronto—que esta localización es innata y que nosotros hemos distinguido lo bajo y lo alto, la derecha y la izquierda sin tener que hacer ningún progreso. Pero, de hecho, eso se adquiere en el curso de un



largo período que va—aproximadamente—de los 3 a los 7 años. Los "tests" de Head (un dedo colocado sucesivamente sobre el oído derecho y después sobre el izquierdo, por ejemplo) no han dado resultado positivo antes de esa edad.

En este terreno, también, algunos niños están atrasados respecto a otros. Tienen cierta dificultad en discriminar, en una hoja de papel o en el encerado, no lo alto de lo bajo (lo cual se adquiere pronto), sino la derecha de la izquierda. Esta dificultad se manifiesta, sobre todo, en los dibujos.

Otros niños tienen dificultad en distinguir los sonidos, los ritmos simples. Y encontramos que un número importante de estos chicos son zurdos y tienen, al mismo tiempo, un pequeño retraso de tipo neuro-motor. Zurdería y mala discriminación espacial se asocian para hacer difícil la localización—en una hoja de papel—de la sucesión de las letras que componen las palabras.

Cuando los niños han empezado a hablar un poco tarde, cuando tienen esta localización espacial deficiente y, al mismo tiempo, son un poco lentos, torpes en sus movimientos, se puede temer que el aprendizaje de la lectura sea difícil. Para ellos será necesario emplear un método seguro, un método por el cual no puedan equivocarse; que verdaderamente dé a cada niño un conocimiento exacto de cada letra y de la posición correcta de éstas en las palabras.

Sin embargo, no existe en estos muchachos ninguna lesión cerebral, ninguna anomalía duradera, sino solamente un retraso de madurez psico-motriz. Son niños normales, pero atormentados por una inferioridad transitoria. Sepamos esperar un año, y todo irá bien; pero es necesario saber esperar.

Es frecuente poder comprobar que, también en este aspecto, existen predisposiciones familiares. Cuántas veces he observado que en tal familia se encuentra un niño de lenguaje deficiente, otro chico—o un adulto—que ha tenido dificultad en aprender a leer, un zurdo, etc. Es en estas

familias, especialmente, donde se localizan los niños "frágiles", perfectamente normales, pero con los que es necesario tomar precauciones.



d) *Un comienzo a punto.*—Es un error el querer ir demasiado a prisa, pues existen dos factores en la lectura: hay que conocer las letras y hay que leer. Es fácil saber las letras. Pero leer quiere decir que el conjunto de estas letras está dotado de un sentido. Con el método tradicional se comienza por no comprender, ya que el lenguaje adquirido aporta a los conjuntos un sentido que hace descubrir la lectura. El método global, por el contrario, comienza por lo conocido para ir avanzando progresivamente.

Cualquiera que sea el método empleado, comenzar demasiado pronto, querer ir demasiado a prisa, sistemáticamente, es un error. ¡Qué obligados estamos a frenar a los padres (incluso también a muchos educadores) que no quieren "perder el tiempo"! Pues ya, a los cuatro años, prevén la entrada del niño en el colegio. Y el consejo habitual sigue teniendo validez: no se debe empezar demasiado pronto...

e) *Un método apropiado.*—Es preciso, por fin, hacer intervenir—y es un punto capital—el método de aprendizaje. El debate entre los métodos no es de mi incumbencia. Pero yo he publicado una pequeña obra sobre "La higiene mental del escolar de seis a diez años", y en ella he expuesto unas ideas que me han valido cartas bastante agresivas porque yo tomaba ciertas posiciones contra el método global.

Es verdad que yo no he enseñado jamás a leer a nadie, y, por consiguiente, sería inoportuno criticar a gentes que tienen otra experiencia que la mía. Pero, como médico, he visto muchos niños, muchos disléxicos y me he informado sobre su pasado. Por este motivo, me creo autorizado a decir que si con un grupo pequeño de niños y unos educadores expertos en el método global los resultados pueden ser excelentes, ante una clase numerosa y no homogénea, con unos educadores que conozcan insuficientemente el método, es, por el contrario, mucho más grande el riesgo de crear confusiones disléxicas cuando se utiliza el método global que si se emplea el tradicional.

Enseñar a leer por el "global" a niños que tienen retraso de lenguaje, por ejemplo, es hacerles correr un riesgo. Si se los enseñan los conjuntos en primer lugar, es de tener que estos chicos, con un lenguaje y un sentido lateral mal asegurados, apenas aprendan. Incluso engañarán a sus profesores cuando comienzan a leer, pero no harán progresos. Alcanzarán un cierto nivel que no superarán. Más tarde, se comprobará que son incapaces de vencer la ortografía.

Factores del fracaso.

Otras razones por las cuales esta iniciación en la lectura ha fracasado ponen de relieve ciertas irregularidades en el comportamiento del niño. Para aprender a leer es necesario que el chico coopere; pero puede no cooperar. ¿Por qué no puede ser el escolar ansioso de progresar, tal como los padres desearían? Los chicos que se manifiestan horribos, rebeldes, que rehúsan ser instruidos, son raros. La oposición del niño se manifiesta de otra forma. Se manifiesta, generalmente, bajo la forma de inercia, de una oposición solapada: no se opone a nada, pero tampoco hace nada. Y no hace nada porque eso no le agrada, porque no le interesa o por otras razones. ¿Cuáles?

Una inmadurez afectiva.

Estos niños que no manifiestan aún de aprender (son numerosos) suelen adolecer de una inmadurez afectiva. Siguen siendo bebés. Aun siendo inteligentes, padecen cierto retraso que se manifiesta en sus relaciones con los compañeros y, sobre todo, en las relaciones con sus padres. No poseen todavía esa madurez que hace que un niño ocupe un lugar entre los demás.

He aquí un ejemplo muy frecuente: A menudo vemos niños que comen mal, que han emprendido, desde los 18 meses o un año, una lucha cotidiana con su madre durante las comidas (y su madre no emprende otra cosa con ellos...). Hay, generalmente, un punto de partida patológico

en este estado de cosas. Eso ha podido comenzar en el momento de una pequeña enfermedad (en un niño de seis meses), o bien es el destete lo que no ha resultado bien. Por la causa que sea, el chico ha dejado de alimentarse como convenía.

Pasados los primeros días, la madre se alarma de esa falta de apetito y, temiendo que su estado se agrave, intenta hacerle tomar algo y le fuerza en este momento, cuando el niño no tiene todavía deseo de comer (por lo menos, como la madre desearía). Se establece así, entre ellos, un combate nacido de un mal entendido alimentario. Pero como cada uno se siente en su derecho, como la madre está convencida de que es su deber el obligar a su hijo a comer, y éste rehúsa, luchan. Es una "batalla" comenzada que continuará después en el curso de todas las comidas, diariamente.

Esta situación acarrea, a la larga, una mala relación entre la madre y el niño. Fuera de las horas de las comidas, el chico puede mostrarse encantador, tranquilo, alegre; pero cuando se aproxima el momento de comer, se vuelve hurafío, rebelde, se opone a todo.

Ahora bien, si esta madre le enseña a leer, puede rebelarse contra este alimento intelectual lo mismo que ante la nutrición. No es raro ver al niño, en este momento, negándose a aprender, como antes rehúsaba comer. Si es una profesora la que le enseña, puede ocurrir que el chico transfiera a ésta la oposición inerte que tenía contra su madre. Esto puede provocar una dislexia, simplemente por el hecho de la persistencia en la confusión de las letras, tan común en todo niño normal que aprende a leer, durante las primeras semanas de aprendizaje.

Un ejemplo de dislexia afectiva.

He aquí un ejemplo de estos "disléxicos afectivos" que se constituyen sin ninguno de los "handicaps" precedentes:

Se trata de un chico de seis años que ha sido traído a mi consulta no por dificultades en la lectura, sino por padecer explosio-

nes de cólera de una violencia extrema. El chico tiene cara de ángel; pero da patadas a su madre, le ha dicho alguna palabrota (a los 5 ó 6 años ya saben mucho...).

Para exponer este caso, debo explicar la situación familiar: padre, madre y cuatro hijos. Ocorre que el padre se ha casado con la joven cuando él no había abandonado todavía una antigua relación con una amante, quince años mayor que él. El secreto no estuvo guardado mucho tiempo. La esposa ha sospechado muy pronto algo extraño en el comportamiento de su marido. Se vuelve hurafía, violenta, insupportable. Y él, entre estas dos uniones, mantenía—como podía—el equilibrio conyugal. Uno después de otro, han nacido cuatro hijos. De ellos, tres han tenido trastornos graves, manifestándose bajo la forma de una agresividad intensa respecto a su madre.

Sometido este chico a un tratamiento de psicoterapia, se ha revelado, con una intensidad extraordinaria, esta relación niño-mala madre. Esta madre, que sufría en sus relaciones conyugales, estaba ansiosa, irritable: « la razón misma de la agresividad del niño procedía de ella, pues no le ofrecía esa seguridad que la madre debe inspirar a su hijo. A pesar suyo, ella misma ponía al descubierto una imagen de mala madre.

Se ha conseguido suavizar el debate conyugal y tranquilizar al niño, que ha sido confiado a una familia amiga. Ya mucho más tranquilo, solamente tres años después se ha podido comprobar que era, verdaderamente, un disléxico.

En efecto, al principio no se podía aclarar—en esta oposición permanente—lo que era pereza, retraso o agresividad. Sólo cuando él ha estado tranquilo, al cabo de dos años, se ha comprendido que sufría una confusión constante con las sucesiones de las letras: era un disléxico. En este chico, que había hablado muy pronto, que era inteligentísimo, extraordinariamente astuto, la dislexia se había constituido a causa de una situación familiar anormal que le produjo un trauma psíquico.



Cuando uno se encuentra mezclado en la vida de los niños, por razones profesionales, observa gran número de disléxicos entre los chicos de hogares disociados (abandono por parte del padre, reparación, segundas nupcias, etc.). Cuando se lleva un niño a un Instituto Médico-pedagógico para su reeducación, comprobamos que estas malas condiciones afectivas conducen a dificultades disléxicas. Pero como estos chicos tienen también, a veces, pequeñas dificultades en su lenguaje, en sus movimientos, además de un retraso afectivo, la causa real no se manifiesta claramente.

Los remedios.

Frecuentemente, a los 8 ó 9 años es cuando se descubre la dislexia. ¿Qué hacer? ¿Cómo remediarla? La medicina es inoperante, los medicamentos no sirven para nada. Solamente es necesario resumir la enseñanza de la lectura de una forma diferente. Métodos diversos se enfrentan. Todos tienen sus ventajas. Por mi parte, ocupéme preferentemente de los niños pequeños, estimo que el método de Mme. BOREL MAISONNY es muy eficaz.

Este método consiste en asociar el gesto al símbolo visual (la letra que se ve) y al símbolo auditivo (la letra que se oye). Es una mímica adaptada temporalmente al aprendizaje, mientras el niño no haya asimilado bien la letra. Porque nada se comprende mejor que el gesto. Es el propio cuerpo el que ha hecho la cosa, es la mano, es el cuerpo mismo el que ha tomado conciencia de la letra. No solamente de esta letra, sino de dos letras; pero de dos letras una a continuación de otra, como pueden hacer dos gestos juxtapuestos. Se hacen delante del niño y él los copia. Si ya tiene 8 ó 9 años, después de tres años de fracasos, este cambio de método, este aspecto nuevo le será útil. Y esto es un factor de éxito.

¿Cómo sucede en la práctica? En primer lugar, es necesario comprender que un niño disléxico tiene una terrible necesidad de que se le ayude. Necesita de su madre mucho más que otro. Es de tener que esta madre es-

té; a su vez, molesta por tener que estar todo el tiempo en la brecha. O quizá sienta cierta satisfacción ante la idea de que su hijo la necesita. Pero el niño estará, ciertamente, satisfecho de tener necesidad de su madre y, al mismo tiempo, furioso de tener que recurrir a ella. Los dos viven en una ambivalencia mutua que irrita sus relaciones y corren el riesgo de mantener una especie de vínculo infantil que puede resultar nefasto.

Se puede evitar este riesgo, pero no es fácil. En un caso conocido, fue el hermano mayor el que había suplido a la madre para ayudar al pequeño a leer. El chico tenía 12 años, y aquello terminaba siempre en una batalla...

La reeducación puede practicarse en una escuela, en una colectividad. En este caso no hay problemas. O bien, como ocurre casi siempre, exige lecciones particulares. La madre debe colaborar, entonces, con la pedagoga especializada, siguiendo un programa bien trazado.

La madre, pues, tiene un papel difícil que desempeñar. Sin embargo, ella sabe ahora que la reeducación está en marcha, que esto sólo durará un tiempo limitado. Si el niño ha sido cogido a tiempo, si los resultados son bastante rápidos, ella habrá contribuido a asegurar la madurez de su hijo.

Dr. LAUNAY

*L'école des parents
4, rue Brunel-Paris*